

Crisis de empleo y nueva marginalidad.

Salvia, Agustín.

Cita:

Salvia, Agustín (2005). *Crisis de empleo y nueva marginalidad*.
Erasmus. Revista para el diálogo intercultural,, 9-33.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/208>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/eao>

Crisis del empleo y nueva marginalidad: el papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social

Agustín Salvia

El objetivo de toda investigación científica es remitir los dominios indiferenciados de lo observable a categorías teóricas desde las cuales lo real pueda ser organizado de un modo particular y concreto en función de reducir la complejidad a algunas ideas básicas que el pensamiento pueda identificar y proponer como núcleo inteligible del fenómeno que se considera.

En este orden, ¿cómo caracterizar al conjunto heterogéneo de formas marginales de autogestión económica y modos de acción política que se han instalado en el escenario social de la Argentina del nuevo siglo? ¿A qué totalidad social inteligible cabe vincular las acciones colectivas que encarnan las empresas recuperadas, las organizaciones sociales de desocupados, las asambleas vecinales, las cooperativas populares, entre otras manifestaciones de poder y afirmación de reivindicaciones políticas, económicas y sociales?

Desde una parte importante del campo de la investigación social se define a estos emergentes bajo el nombre de “economía social” o “economía popular”, asignándoles un papel importante en la construcción de una “nueva matriz política” o en la generación de “artefactos” de la lucha social, o, incluso, como una nueva “utopía del desarrollo”, capaz de resolver lo que la economía de mercado no puede solucionar. Pero este ensayo propone una lectura alternativa. Estas expresiones sociales constituyen sobre todo las formas más elaboradas y complejas -y altamente mediáticas- de un orden de funcionamiento mucho más esencial y subterráneo que bien podemos caracterizar como *economía de la pobreza*.

En tal sentido, se sostiene la hipótesis de que el principal efecto agregado de este despliegue de micro estrategias de subsistencia es la emergencia de un heterogéneo, políticamente activo y socialmente segmentado *sector informal*, que lejos de plantear una nueva utopía política o económica, reproduce de manera ampliada una matriz socio-política cada vez más polarizada y fragmentada. Tal reproducción ampliada del fenómeno cabe ser explicada por la efectividad que logran los métodos de acción basados en reglas de reciprocidad colectiva. De esta manera, sin dejar de constituir un tipo particular de expresión contestataria contra el sistema económico y social, estas construcciones sociales parecerían desempeñar un cometido fundamental: funcionar como recursos de subsistencia en un contexto de crisis y regresión de los mecanismos tradicionales de movilidad social.

¿Esto implica negar el papel de estas formas sociales en el cambio social? No, de ninguna manera. El heterogéneo entramado de estrategias, de representaciones y de prácticas que convocan las *economías de la pobreza* constituyen un poderoso factor de cambio. Sin embargo, cabe preguntarse ¿cuál es su papel y qué tipo de innovación generan o hacen posible estos métodos colectivos de reproducción social en el actual contexto del capitalismo argentino?

Para abordar este interrogante, cabe recordar que hasta donde sabemos el cambio social -más allá del deseo de los actores- no tiene un signo predeterminado, ni mucho menos puede ser definido a partir de las intenciones de sus protagonistas interesados. Las formas sociales nunca son la expresión de la voluntad de los actores -ni siquiera la del actor triunfante-, sino la construcción histórica de un proceso que podemos suponer se encuentra, por un lado, organizado de algún modo reconocible (obligado a funcionar bajo composiciones y reglas de integración social aceptadas), y, al mismo tiempo, abierto a la innovación en función de resolver el conflicto (obligado a funcionar bajo condiciones de incertidumbre e improvisación en donde el estado futuro del sistema no está predeterminado).

Cualquiera sea el punto de partida, el proceso social es siempre un orden en conflicto, significado de manera ideológica por los sujetos, abierto a la construcción social interesada y polivalente en cuanto a las consecuencias sociales de su desarrollo. Un orden frente al cual para su reconocimiento resulta necesario abandonar desde un principio toda ilusión en cuanto a la transparencia del lenguaje y de los signos utilizados. Asimismo, cabe dudar de la utilidad -tal como propone Boudon (1984)- de atribuir la explicación del cambio social a estructuras globales. Por el contrario, cabe concentrarse en elementos o procesos específicos identificables en términos temporales y espaciales. Es recién después de este reconocimiento que parece pertinente intentar determinar las condiciones más generales que los contiene y le da sentido; las cuales pueden tener sus propias reglas de cambio aunque éstas sean menos susceptibles de demostrarse en un sentido empírico.

Este trabajo da una respuesta diferente al interrogante de quiénes son y en qué sentido actúan los nuevos emergentes sociales de la marginalidad. Para ello se vale de una serie de investigaciones apoyadas en estudios de caso, algunas de las cuales son reunidas en este libro. Ahora bien, cabe aclarar que estas preocupaciones constituyen todavía un cuadro parcial e incompleto de una hipótesis que merece mayor desarrollo y una puesta a prueba de evidencias. Por ahora, interesa explicitar el marco interpretativo que ha emergido a partir de los estudios abordados y su particular aplicación al tema que convoca este artículo: los efectos de la crisis del mundo del trabajo sobre el surgimiento de nuevos actores sociales y el papel que les cabe en este contexto a lo que hemos denominado *economías de la pobreza*.

¿Una *vieja nueva* matriz de marginalidad social?

La vinculación entre los cambios estructurales de fines del siglo XX ocurridos en la Argentina y los déficit crecientes en las oportunidades de movilidad social, forman una idea fuerza ampliamente aceptada. Avala esta línea del diagnóstico una extensa estadística social que describe detalladamente el alcance del problema en términos de pobreza, desempleo, precariedad laboral y desigualdad social. Sin embargo, cabe advertir que por mucho que el problema se reconozca a través de sus consecuencias indeseables, no por ello queda implicado un conocimiento de la nueva matriz social más “empobrecida” y “fragmentada” que ha emergido del cambio histórico y que

parece reproducirse en un sentido que tiende a deteriorar las condiciones de integración del sistema económico y socio-institucional.¹

En particular, cabe preguntarse sobre la existencia y naturaleza de los entramados socio-económicos y político-institucionales que han hecho posible la extensión y profundización de la pobreza sin que ello haya trastocado el régimen de acumulación social ni el sistema de dominación político-institucional.

El actual paisaje metropolitano contemporáneo es particularmente rico en evidencias sobre las muy diferentes formas de subsistencia colectiva que conviven en condiciones de marginalidad: comuneros de organizaciones sociales, trabajadores de empresas recuperadas, limpiadores de vidrios, mendigos, trabajadoras sexuales, talleristas clandestinos, feriantes extralegales, vendedores ambulantes, cartoneros, vendedores callejeros, trabajadoras de servicios eventuales, entre muchos otros, constituye sólo una parte del repertorio cada vez más degradado y aparentemente segregado que presentan las prácticas colectivas o individuales de subsistencia. En general, el sujeto social reunido bajo esta colección de modos de subsistencia (pobres o marginados, sectores populares, mundo informal, etc.) ha sido definido por los estudios críticos al paradigma de la modernidad como un sujeto homogéneo -o, al menos, homogeneizable-, en tanto expresión de un sistema económico dependiente y de crecimiento desigual y combinado que los excluye de la modernidad o, al menos, los margina del espacio donde tiene lugar de manera central dicho proceso.

Este trabajo, si bien se ubica en esta tradición buscar recuperar un conjunto de enfoques críticos y antecedentes de investigación que ofrecen -frente a una visión estática - un reconocimiento al carácter fundamentalmente relacional (estructurado-estructurante) y, al mismo tiempo, multidimensional por parte de un objeto que demanda ser descifrado en sus diferencias sociales, espaciales y temporales. Desde esta perspectiva, la marginalidad socio-económica se aleja de las definiciones que se fundan en el recorte de atributos culturales, ecológicas y/o económicos, para constituirse en un campo de relaciones más amplio, integrado a un todo que lo hace posible -y no necesariamente "necesario"-, en donde disputan y/o se articulan estrategias individuales y colectivas de subsistencia que transitan por fuera -pero no de modo independiente- de las instituciones económicas y políticas dominantes. En este sentido, la marginalidad deja de ser un componente funcional del sistema social para convertirse en un modo de *funcionamiento* del mismo (Deleuze, Gilles y Guattari, 1985; Belvedere, 1997).

¹ Esta lectura del problema se apoya en la mirada de Mignone (1993), el cual sostiene que las sociedades contemporáneas se diversifican cada vez más, pero que las microtipologías emergentes tienden a concentrarse en torno a dos polos fundamentales, o macrotipologías, que difieren mucho en relación a las condiciones de existencia, las posibilidades de vida y la cantidad y calidad de los recursos sociales disponibles. De esta manera, el nuevo orden social no sólo sería más desigual en cuanto acceso a recursos materiales y simbólicos, sino también lograría un alto grado de integración gracias a los efectos socio-políticos generados por la propia polarización fragmentada del sistema social. Un mirada similar, referida a la realidad social argentina, es posible encontrarla en J. Villarreal (1997), el cual establece una nueva lógica social basada en distinciones verticales más que horizontales que se rige por una dialéctica de los distintos más que por una dialéctica de los contrarios.

A nuestro entender, corresponde ubicar el nuevo escenario social en el marco del proceso de “marginalización económica” que han experimentado amplios sectores en una sociedad que había alcanzado niveles de bienestar relativamente amplios y homogéneos al interior de la estructura social. La marginalización socio-económica en la Argentina se ha constituido en una matriz estructural suficientemente cristalizada, y, por lo mismo, capaz de reproducirse de manera ampliada y de presentar bajo riesgo de desintegración para el orden político-institucional.²

En este sentido, nuestra principal hipótesis apunta a mostrar que el campo de la marginalidad socioeconómica presente en los grandes centros urbanos de la Argentina constituye -por muy segregado, conflictivo e indeseable que parezca a la mirada del orden social- un componente sistémico fuertemente encadenado al funcionamiento global del sistema socio-económico y político-institucional. Habiendo acumulado dos años de investigación, cabe destacar un dato consistente: si bien para algunos sectores de la sociedad es posible reconstruir procesos de desplazamiento y trayectorias de movilidad descendente durante la última década (p.e: viejas clases medias urbanas empobrecidas formada por trabajadores asalariados y cuenta propia tradicionales), no es este el rasgo dominante de la nueva matriz social. De acuerdo con la evidencia, los sectores que dominan el nuevo escenario de la marginalidad socio-económica han acumulado dos o más generaciones de miembros impedidos de acceder a efectivas oportunidades de movilidad social. Para estos sectores estar abajo constituye un estado inercial. Por lo tanto, el mayor problema que presentan los sectores “desplazados” no es haber caído sino no poder salir de los encadenamientos socio-económicos y político-institucional que generan las condiciones iniciales de marginalidad y que se actualizan bajo las renovadas formas de subsistencia que instalan los propios sectores populares a través de sus estrategias de vida.

Por otra parte, un dato ciertamente relevante es que muchos de estos sectores, a pesar de su común condición, presentan rasgos particulares de “diferenciación”. Sus propias estrategias de subsistencia y enclavamiento estimulan a la creación de nuevas formas de distinción socio-cultural. De esta manera, la expresión visible de los procesos de marginalización presenta una heterogeneidad creciente, en un orden social cada vez más conflictivo.

En tal sentido, cabe preguntarse en qué medida el factor de cambio de la actual matriz social son en efecto las nuevas formas de autogestión y organización política que surgen de la marginalidad económica, o, por el contrario, la creciente aceptación, legitimación e institucionalización que logra -a través del accionar de los propios reclamadores- el derecho a mantenerse en la pobreza y a ser pobre de otros derechos. Pero antes de entrar en este tema, cabe ubicar el escenario económico y sociolaboral donde el conflicto social emerge como mensaje portador de sentido.

² Es esta, al menos, una conclusión que surge de una serie de estudios que han abordado los efectos poco compensatorios en términos de inclusión de los marginados por parte de los ciclos de reactivación económica (Gasparini, 2000, Altimir y Beccaria, 1999), la ampliación de la educación formal (Filmus y Miranda, 1999, Salvia y Tuñón, 2003), las políticas de inversión social (Golberg, L., 2004) y los programas de ingresos (Cortés R. y Marshall, M. 1991, Bogani, E. 2004).

El proceso argentino: una catástrofe anunciada

Si bien la matriz económica y socio-cultural de la Argentina fue durante buena parte del siglo pasado muy diferente a la de la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso histórico de las últimas décadas puso en escena un patrón de producción de estancamiento, pobreza y fragmentación social que ha diluido tales diferencias. De esta manera, el país ha entrado al siglo XXI inmerso en la crisis más profunda de su historia. Ello ha tenido como consecuencia inmediata el empeoramiento de los niveles de vida de gran parte de la población, conjuntamente con un incremento en los niveles de concentración de la riqueza, ambos procesos en niveles inéditos para el país.

Ahora bien, si bien estas son las claves estructurales del proceso histórico reciente, no cabe confundir las consecuencias con las causas. En términos generales, corresponde reconocer dos procesos históricos estructurantes -de tiempo largo- de la actual crisis económica y social argentina:

- 1) Por una parte, el renovado ciclo de expansión que experimentó el capitalismo mundial bajo la fuerza de una mayor concentración financiera y una activa reconversión tecnológica y productiva.
- 2) Por otra parte, el proceso local de agotamiento, crisis y mutación que - desde mediados de los setenta- fue experimentando el régimen nativo de acumulación y el sistema político de dominación corporativa.

En este marco, cabe rechazar toda simplificación de la historia reciente. De acuerdo con la evidencia, es al menos exagerado imputar a las políticas económicas y sociales introducidas durante la década de los noventa como la causa del extraordinario escenario de inequidad, segmentación, pobreza y descomposición que exhibe actualmente la estructura social. La génesis histórica de esta decadencia muestra desde mucho antes las marcas de un capitalismo financiero en expansión y, junto con ello, la crisis estructural de una nativa sociedad salarial corporativa fundada en un modelo de industrialización sustitutiva. En este contexto, es posible reconocer la vigencia de dos dinámicas articuladas de deterioro social que, aunque relacionadas, surgen y participan de encadenamientos independientes:

- a) En primer lugar, la mayor concentración y especialización de los procesos productivos habrían generado el deterioro y posterior desplazamiento de amplios sectores que constituían en núcleo duro de la sociedad salarial del modelo industrial sustitutivo. Este proceso contó con el protagonismo de estrategias políticas intencionales, pero también con cambios tecnológicos y organizacionales que operaron sobre el vértice de la estructura productiva afectando los funcionamientos generales del resto de la estructura económica y social.
- b) Al mismo tiempo, la falta de renovación y dinamismo en los niveles intermedios de la estructura socio-productiva y socio-política, junto a un agotamiento de las capacidades de intervención del Estado en el marco de un sistema social cada vez más heterogéneo y conflictivo habría generado una crisis en las oportunidades de movilidad social y en las redes de inserción de viejas y nuevas generaciones de marginales estructurales y

clases medias vulnerables adheridos a las promesas de la modernización.

Estos procesos se agravaron con las políticas de apertura comercial, estabilización y reformas estructurales de los años noventa (tipo de cambio fijo, desregulaciones, privatizaciones y flexibilización laboral). Junto a una mayor heterogeneidad de la estructura productiva y una más marcada segmentación del mercado de trabajo, devino una mayor debilidad del sistema social y político-institucional. Unas de las consecuencias más importantes de este proceso han sido la debilidad de la demanda agregada de empleo orientada al mercado interno, la baja calidad del empleo generado, la caída en los ingresos reales de las familias, el deterioro de la seguridad social y el fuerte incremento en los niveles de concentración del ingreso. Estas condiciones produjeron, a su vez, un estallido de nuevas desigualdades, cristalizadas en una estructura social más empobrecida y fragmentada.

Siguiendo esta perspectiva, cabe reconocer como principal componente del actual escenario social la desarticulación de un modelo fundado en el trabajo asalariado y las regulaciones asociativas y, junto con esto, la emergencia de un orden cada vez más polarizado y fragmentado.

El deterioro del mundo del empleo

La evidencia estudiada confirma que los problemas económicos y laborales en la Argentina no son de reciente gestación. Desde hace casi tres décadas que el régimen capitalista argentino no logra desarrollar un proceso sustentable de crecimiento económico, generando esta dinámica una pérdida neta de empleos productivos, a la vez que un aumento exclusivo del subempleo y la precariedad laboral (Altimir y Beccaria, 1999; Neffa et al, 1999; Salvia y Rubio, 2002; Monza, 2002; entre otros).

Algunos pocos datos permiten ubicar mejor la problemática ocupacional en la Argentina actual. Más de 10 millones de personas (70% de población económicamente activa) sufren problemas de empleo, tales como la desocupación, el trabajo indigente, el empleo precario y el subempleo; si se excluye de esta situación a los que teniendo un empleo registrado y un ingreso mínimo legal no buscan trabajar más horas ni cambiar de trabajo, la masa de trabajadores sobrantes del capitalismo argentino asciende de todos modos a casi 7 millones de personas (el 50% de la fuerza de trabajo urbana). En igual sentido, la heterogeneidad y debilidad del mercado de trabajo se sigue haciendo evidente cuando se confirma que la mitad de la fuerza de trabajo ocupada se encuentra inserta en un mercado secundario o terciario dominado por la informalidad laboral. Sólo el 35% de los ocupados se encuentran insertos en el mercado primario privado, mientras que el 15% está ocupado en el sector público.

En este marco, los negativos indicadores sociales (como por ejemplo que más del 50% de las personas habitan en hogares pobres y el 25% en situación de indigencia) constituyen una expresión directa de esta estructura económico-ocupacional. En variados aspectos esta fuerza de trabajo excedente, lejos de estar integrada al mercado laboral como ejercito industrial de reserva, constituye una masa marginal al menos poco funcional -cuando no disfuncional- a la dinámica de acumulación concentrada y a la regulación

institucional del régimen de dominación social.

Con el objeto de precisar mejor el problema, cabe destacar algunos de los principales rasgos que enfrenta la actual estructura social del trabajo en la Argentina:

- 1) El débil crecimiento de la demanda agregada de empleo tiene lugar en un sistema productivo fragmentado, que presenta fuertes disparidades estructurales precedentes. De un lado, un polo económico dinámico que bajo la modalidad de enclave se encuentra integrado a los principales mercados mundiales y/o a mercados internos de elevada renta. En el medio viejas y nuevas clases medias profesionales, medianas empresas proveedoras para grandes firmas y microempresas de alta tecnología y de servicios especializados. En el otro polo, una economía informal inestable, apoyada en reglas de reciprocidad, obligada a una autoexploración forzada de sus activos para dar respuesta a las demandas fundamentales de subsistencia. Todavía más abajo, una verdadera “infraclase” (*underclass*), socialmente aislada, con crecimiento acelerado y que subsiste a través de actividades extralegales, prácticas laborales de mendicidad, programas sociales o trabajos ocasionales.
- 2) El desempleo y el subempleo se han convertido en un déficit estructural erróneamente explicado en términos de factores tecnológicos o demográficos o por déficit de capital humano. El núcleo duro del capitalismo argentino requiere sólo un tercio de la fuerza de trabajo disponible. Se trata de un problema que afecta a grandes masas de la población, tanto a trabajadores adultos como a nuevos trabajadores jóvenes; a la vez que los trabajadores de baja calificación constituyen un grupo particularmente vulnerable en términos de precarización laboral. Esta situación explica en primer lugar la desaparición de los tradicionales grupos de renta media característicos de la sociedad argentina. Al mismo tiempo, la emergencia de una nueva clase de trabajadores autónomos más precarios se explica por la gravedad y extensión del desempleo y la pobreza en los hogares marginados, y no por las bondades y oportunidades que brinda el sistema económico.
- 3) El mercado laboral está afectado por una fuerte segmentación social de las oportunidades de empleo y progreso socio-económico en términos de ingresos y recursos culturales; lo cual ha ampliado las brechas productivas y socio-institucionales entre el sector formal reservado a las “clases medias prósperas” y el sector informal propio de los grupos marginados y empobrecidos. Estas características de crisis de la estructura social del trabajo se presentan en forma heterogénea según la región, sus capacidades productivas y desarrollo político-institucional. En particular se agrava con la depresión de algunas economías regionales y la falta de iniciativas de desarrollo local, tanto en el conurbano bonaerense como en diferentes zonas del interior del país.
- 4) En este contexto, no cabe sorprenderse que el déficit institucional que presenta la sociedad civil y el Estado para encarar un modelo de crecimiento endógeno y una política de regulaciones que atienda estos problemas estructurales. La raíz estructural del problema y el grado de desintegración que padece la sociedad convierten en inoperantes o,

incluso, contraproducentes a los mecanismos de regulación fundados en los lazos asociativos tradicionales (regulaciones salariales, protección contra el despido, seguro por desempleo, etc.). Los institutos del Estado vinculados a la atención de los problemas de pobreza, desempleo y precariedad laboral se ven desbordados ante la magnitud de la marginalidad social y la informalidad laboral y la debilidad de la economía de mercado.

En general, la literatura académica tiende a acordar en este diagnóstico, pero un elemento no siempre suficientemente destacado es la “naturalización” que ha experimentado el deterioro de las relaciones sociales y laborales; así como su efecto más conservador: alejar del campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio privado o comunitario de la subsistencia. De acuerdo con esto, la clave interpretativa más importante de este proceso no es la cuestión de la propagación de la pobreza y la desigualdad social, sino la forma en que las nuevas condiciones sociales han dado origen a conflictos diseminados, los cuales al menos parecen resultar inocuos frente a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos actores.

¿Empoderamiento social y nuevos artefactos de la lucha política?

Es decir, cabe situarnos en una estructura social caracterizada por el aumento generalizado de la pobreza, la segmentación del sistema de movilidad social y la crisis de legitimidad de los mecanismos tradicionales de dominación político-corporativa. En este contexto, la población excluida del empleo formal y legal se ha visto obligada a generar un conjunto de variadas expresiones económicas de nuevo signo a lo largo y ancho del país: microempresas familiares, emprendimientos vecinales asociativos, nuevas cooperativas de consumo, movimientos de desocupados que administran planes sociales y asisten a la reproducción social, cooperativas de trabajo que recuperan empresas y las ponen a producir, y otras iniciativas donde se dice tiende a prevalecer el fin social sobre el lucro individual.

Ahora bien, ¿en qué medida las prácticas económicas, sociales y políticas que suscitan estas formas de subsistencia son la expresión embrionaria de una nueva concepción del mundo del trabajo o de un nuevo modo de construcción de organización política y social? Y, más importante, ¿en qué medida pueden tales prácticas aportar a un punto de inflexión en el proceso de dominación económica y política del capitalismo argentino?

No son pocos los que suponen la emergencia de un nuevo movimiento social con pretensión de autonomía y en franca oposición a la dominante economía capitalista de mercado. Asimismo, se afirma que la generalización de estas prácticas tiende a implicar un proceso instituyente de mutación de los lazos políticos y sociales locales-territoriales. De esta manera, una parte de la intelectualidad progresista parece reencontrarse con la vieja utopía del *sujeto histórico*, teniendo como referente a la masa de desposeídos y desocupados olvidados por el capitalismo argentino. En esta línea interpretativa cabe ubicar la renovada valorización que se hace de la *economía social* o *economía popular*- valorando su expansión y capacidad de empoderamiento para la

atención de los problemas de la pobreza o, incluso, como capital social capaz de mejorar las oportunidades de desarrollo económico y humano de la población (Banco Mundial, 2001). Desde un enfoque distinto, se tiende a destacar, en cambio, la potencialidad de estas acciones como alternativa a la economía de mercado y a las políticas estatales funcionales en la acumulación de capital (Coraggio, 1994, 1998); o como procesos sociales que crean a través de la acción colectiva nuevas formas culturales de “socialización” (Schuster y Pereyra, 2001; Bialakowsky y Hermo, 2003) o de “símbolos culturales” (Masseti, 2004); o hasta incluso, una matriz alternativa de organización y poder popular (Svampa, 2003, 2004; Battistini, 2002; Rebón, 2004).

Pero sin desmerecer el sentido político que cargan estas resignificaciones, cabe tomar distancias de ellas con el objeto de poder diferenciar que instalar como problema la exclusión social a partir de la movilización de los actores es condición necesaria pero no suficiente para definir la agenda pública. En cualquier caso, los actores parecen requerir algo más que ser reconocidos por la opinión pública para conducir una estrategia global de cambio social.³

En este sentido, las investigaciones empíricas que avalan estas notas parecen mostrar que, incluso, desde la propia representación de los actores involucrados, su accionar está muy lejos de poder ser asimilado a una nueva utopía del desarrollo o a un renovado tipo acción política. De hecho, tal como señalan varios autores (Palomino, 2004; Salvia, 2004; Lenguita, 2002), estos movimientos autogestionarios no han surgido como una alternativa al quiebre del modelo político y económico prevaleciente, sino como respuestas sociales a las consecuencias sociales negativas del funcionamiento de ese modelo durante tres décadas de estancamiento persistente y deterioro político-institucional de la democracia. Mucho más asociadas a viejas y nuevas formas de informalidad y a los nuevos procesos de marginalización que a una nueva organización social o políticas, estas prácticas parecen en realidad estar más cerca de constituirse en recursos de subsistencia que en fines en sí mismos (Feldman y Murmis, 2002; Salvia 2004). Lo único comprobado por ahora es que estas iniciativas representan hoy para centenares de miles de familias la única vía de subsistencia.

Desde esta perspectiva, cabe destacar que a pesar de que las *economías de la pobreza* se hayan multiplicado en los últimos años, se hayan visto revalorizadas por otros sectores sociales, produzcan nuevas formas de identidad o constituyan un objeto privilegiado de las actuales políticas públicas, el desempleo, el subempleo y la marginalidad laboral de una gran masa de población continúan siendo las formas típicas bajo las cuales se expresan tanto la mayor subordinación del trabajo remunerado a las estrategias de acumulación de capital como las condiciones necesarias para su mayor explotación presente y futura. Y esto, de manera independiente a que dicha acumulación pueda producir efectos de desequilibrio a nivel de la integración del sistema social y de la legitimidad del régimen político de

³ Sobre enfoque constructivista que aborda el problema de la definición de la agenda pública, ver p.e. Best (1989), Hilgartner y Bosk (1988) y Aguilar Villanueva (1993).

dominación.⁴

Una matriz contestataria marginal y fragmentada

Estas reflexiones críticas convocan a discutir qué es lo realmente nuevo y significativo que producen estas formas de asociación y las acciones que gestan estos movimientos. ¿Nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio o actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso? ¿Viejas nuevas formas de reclamo y de afirmación del cambio social o prácticas instrumentales desesperadas en un contexto de creciente pérdida del valor presente de todo futuro? ¿Economías sociales en lucha por el poder o economías de la pobreza en fase de reproducción ampliada?

Para muchos entusiastas idealistas estas preguntas resultan por lo menos innecesarias, cuando no políticamente inconvenientes. Pero es preferible elaborar una tesis imprudente, incluso errada, pero factible de ser refutada, antes que un discurso que estimule la circulación de “espejismos”. No porque no pueda reconocerse en las estrategias colectivas de subsistencia la expresión de un conflicto social; ni tampoco porque ellas no logren constituirse en verdaderos “laboratorios de vida”, instituyentes de nuevas articulaciones socio-culturales un sistema cada vez más multicultural (Mellucci, 1996).

Frente a lo que se afirma desde ámbitos académicos o políticos sobre el carácter “transformador” de tales iniciativas, cabe llamar la atención en el hecho de que tales prácticas de autogestión se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el propio sector informal y los encadenamientos corporativos o clientelares tradicionales - incluida la red estatal-; y que, si bien las demandas sociales se multiplican imponiendo algunos temas a la agenda, el eje de sentido dominante de la acción sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. A lo sumo, para los propios protagonistas, la economía social constituye en sus expectativas una primera estación y no la última de una estrategia que procura insertarse en un empleo asalariado “de verdad”, para poder así lograr una largamente esperada movilidad social. Por mucho que este estrategia no encuentre asidero objetivo en las condiciones bajo las cuales funciona actualmente los mercados primarios de trabajo.

Dicho en otros términos, bajo las *economías de la pobreza* no parece florecer

⁴ A la manera en que los estudios sobre marginalidad describían esta situación hace treinta años atrás, recuperando en el escenario actual particular vigencia (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969, 1999). En la etapa del capitalismo monopólico - decía Nun (1969) ya en los años 60 - y especialmente en los países de América Latina, una parte de la superpoblación relativa podía dejar de cumplir la función de ejército industrial de reserva, transformándose en *masa marginal*, innecesaria, disfuncional y peligrosa para la estabilidad política o económica. Se afirmaba que la creciente expansión del sector informal de la economía posibilitaba que quienes integraban una masa marginal para las empresas del sector moderno (que no los requerirían por no reunir las calificaciones necesarias), podían, en cambio, ser ejército industrial de reserva para el sector informal. Pero era posible que existiera, en última instancia, una parte de la superpoblación relativa que fuera “marginal al cuadrado”, es decir, afuncional y prescindente también para el sector informal. En este caso, dicha masa podría ser disfuncional y peligrosa para el sistema social.

la “autonomía” sino una mayor dependencia del Estado, de las agencias promotoras y de las organizaciones político-gremiales promotoras de una estrategia de poder institucional. Tampoco parecen emerger de estas prácticas algún tipo de “conciencia colectiva” o de “nueva organización social”, ni una verdadera “economía social”. Muy lejos de todo ello, surge de estas prácticas una mayor fragmentación de los espacios sociales y de los actores políticos locales involucrados. Detrás de la afirmación de “autonomía” se reproducen diferentes maneras de convalidar la marginalidad social y las condiciones político-ideológicas que la hacen socialmente “aceptable”.

Es en este orden de conflicto que presenta particular relevancia evaluar con capacidad crítica la salida que está teniendo la sociedad salarial corporativa, sus derivaciones en términos de fragmentación social y la emergencia de nuevas formas de segregación y precariedad en el mundo del trabajo. Siguiendo esta perspectiva, cabe destacar algunas de las condiciones que parecen dominar el escenario de la reproducción socio-económica de los segmentos que conforman la economía de la pobreza:

- a) Creciente alejamiento de la estructura social del trabajo formal (dominado por los mercados primarios) y las redes asociativas tradicionales (sindicatos, partidos políticos clasistas).
- b) Particular reforzamiento de los lazos familiares y comunitarios de reciprocidad como reacción y efecto de los procesos impuestos de segregación residencial y de precarización de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social); y
- c) Creciente auto-aislamiento frente a los sectores medios y el resto de la estructura social dominante (mercados, circuitos y valores cada vez más globalizados) como un mecanismo de tipo estratégico-defensivo.

Este avance de la segmentación en distintas esferas de la vida social constituye una importante fuente de tensión y conflicto. En particular, debido a que la mayor parte de la sociedad argentina mantiene vigente -aunque debilitado- un ideal de progreso de oportunidades, afirmado históricamente a través de la generalización de fuentes de movilidad social y el acceso -aunque no universal- a robustas instituciones de bienestar. Por lo mismo, las actuales iniciativas de sectores afectados por la pérdida de sus capitales económicos y sociales, la devaluación de sus capitales humanos y el deterioro de oportunidades de movilidad social, implican la puesta en acto de una reacción contra la falta de posibilidades de movilidad, seguridad y bienestar que prometiera en su momento el modelo desarrollista del Estado de bienestar nativo.

Del mismo modo en que las corporaciones políticas, sociales y gremiales tradicionales reivindican -aunque cada vez con menor éxito- la cuota de poder y de privilegios pactados, los nuevos actores sociales demandan su particular cuota política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y de derechos especiales. De esta manera, la pobreza generalizada -a la vez que políticamente movilizadora y reivindicada- en una sociedad en crisis implica una redefinición de los lazos sociales; pero no en clave de “autonomía” e “integración” sino de “dependencia” -frente al Estado- y de “fragmentación” -entre actores e intereses marginados-. De

ninguna manera una anomia individual, ni tampoco ausencia o vacío de vínculos sociales.

Por otra parte, la economía social no garantiza una reparación de los lazos de integración y de los soportes perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos del trabajo asalariado. Al mismo tiempo que la afirmación de su identidad y su reclusión sobre el espacio territorial no hacen más que profundizar la crisis de dicho orden, sin capacidad efectiva de poder modificar las condiciones generales de dominación y dar solución a la profunda crisis del capitalismo argentino.

A manera de hipótesis provocadora, este trabajo sostiene que los actores movilizados alrededor de la llamada economía social o la autonomía obrera o campesina no son agentes directos del cambio social en un sentido progresista. Ni a nivel global, ni a nivel local. Por muy fuerte que parezca, sus prácticas y representaciones sólo sirven al fortalecimiento de lazos de reciprocidad funcionales a ciertas estrategias de subsistencia, a la vez que tienden a generar una redefinición de las alianzas sociales en dirección a una mayor degradación de los derechos ciudadanos y de los espacios asociativos establecidos; incapaces estos, a su vez, de recomponer la legitimidad perdida.⁵

De tal manera que lo más destacado del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción, identidad o autoorganización social que la crisis del empleo y la sociedad de bienestar generan entre los pobres, marginados y desplazados; sino los efectos de mutación que el conjunto de la situación (*desamparo + reacción*) tiende a producir sobre el orden social, poniendo en escena respuestas desde abajo que reproducen de manera ampliada y sin solución, una matriz atomizada y conflictiva de integración social.

El cambio social a partir de las economías de la pobreza

Cada sociedad o segmento particular de ella construye los procesos de cambio social a partir de vectores globales formados por condiciones iniciales frágiles, sometidas a permanentes desequilibrios y alternativas de acción. De este modo, las soluciones pueden estar “amalgamadas” y desarrollarse una pluralidad de patrones sociales (estructuras, formas de organización y modos culturales). Pero siempre dentro de un orden dinámico estructurante. Por lo mismo, en vez de un *actor privilegiado* cabe esperar la existencia de una variedad caleidoscópica de agentes de cambio (aunque no todos con igual poder). De igual modo, en vez de un *resultado homogenizador* cabe encontrar una explosión de trayectorias a partir de una distribución compleja de alternativas biográficas, sociales e históricas (caos pero no sin un orden).

En este sentido, hay otro efecto asociado a las nuevas formas contestatarias con influencia no menor sobre el cambio social. Lejos de ser ellas un protagonista directo del cambio a través de sus efectos de construcción de

⁵ En tal sentido, el proceso así representado convoca a pensar en un deterioro social no del tipo de la *degradación caracterial* que describe Sennett (2000) para las sociedades post industriales, sino más bien del tipo descrito como *formas de segregación* por Wacquant (2001) para el nuevo patrón de reproducción que asume la marginalidad urbana en el mundo.

identidad o de afirmación de autonomía, lo son en términos del *impacto de sentido* que generan tales prácticas en la opinión pública y en los sectores de poder.

Al respecto, cabe preguntarse ¿qué dice sin decir la existencia misma de las “economías de la pobreza”? Al menos cabe significar tres mensajes: 1) muestran el fracaso y la impotencia del capitalismo argentino a resolver los déficit de inclusión social universal; 2) desafían los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la debilidad de la sociedad civil para neutralizarlos; y 3) ponen en escena el potencial disponible por parte de la sociedad informal y marginada para atender su propia reproducción *al margen* o *en contra* de la sociedad estructurada.

En cualquier caso, estos *impactos de sentido* amenazan y preanuncian un riesgo para la matriz dominante, tensándola en dirección a una redefinición del contrato social y del sistema de control político. Ahora bien, en los hechos tal redefinición -con el acuerdo no explícito ni conciente entre las partes- parece avanzar en un sentido claramente opuesto a garantizar los derechos de igualdad de oportunidades, autonomía de acción política e integración social frente a los procesos de globalización. *La reacción dominante se centra en el reconocimiento al derecho de subsistencia bajo reglas de reclusión y confinamiento.*

De esta manera, no parece una alentadora idea sobredimensionar el papel transformador ni el carácter novedoso de estas formas de reciprocidad. Ni siquiera incluso cuando tales estrategias colectivas adoptan la forma de grupo de presión o movimiento político reclamador de derechos de ciudadanía. Detrás de estas expresiones cabe reconocer demandas dirigidas a reivindicar la actualización de una incumplida modernización política, económica y social. Más allá de las prácticas “autogestionarias” y de los discursos en favor de la “autonomía”, tales movimientos convocan al propio Estado como el principal actor necesario y a una variedad de actores político-gremiales y líderes sociales locales como los principales promotores del fenómeno, todos en procura de negociar la conflictividad social.

En este sentido, el Estado es cada vez más receptivo a las demandas subsistencia y autonomía de las *economías de la pobreza*, siendo cada vez eficiente en cuanto a arbitrar en los conflictos que los propios actores plantean. De tal manera, lo nuevo de la actual matriz social y política no parecen ser los nuevos movimientos sociales, sino la creciente aceptación, legitimación e institucionalización que logra -a través del accionar de los propios reclamadores- el “anti-derecho” a contar con un trabajo informal, precario y no registrado, de mantenerse en la pobreza y a ser pobre de otros derechos, a vivir en la marginalidad económica y política, a competir por beneficios o compensaciones especiales, a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo.

Es decir, lo importante y verdaderamente nuevo de la nueva matriz social contestataria no parecen ser el contenido de sus discursos ni las prácticas sociales que crean para sí, ni tampoco sus acciones colectivas contra el poder, sino el efecto de *sentido* que se va construyendo “fuera de ella”, otorgando a los grupos dominantes la capacidad de dar respuesta política a viejas

demandas sociales de inclusión ciudadana. De este modo casi perverso, sin nuevos protagonismos ni efectos virtuosos, parece producirse -aunque con dirección incierta- el cambio social en la Argentina actual. Por ahora, nada objetivamente distinto parece dejar la producción social de sentido que moviliza a dichas prácticas.

Bibliografía

- Aguilar Villanueva L. (1993): *Problemas Públicos y Agenda de Gobierno*. Miguel Ángel Porrúa, México.
- Altimir, O. y Beccaria, L. (1999): "El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina". En *Serie Reformas Económicas N° 28*, Naciones Unidas/CEALS, Santiago de Chile.
- Banco Mundial (2001): *World development report 2000/2001*, WB, Washington.
- Battistini, O. (coord.) (2002): *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*. Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- Belvedere, C. (2000): "El incluso 'Proyecto de Marginalidad', en *Apuntes de Investigación* No. 1, Buenos Aires.
- Bialakowsky, A. y Hermo, J. (2003): "Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local". En A. Bialakowsky (comp.): *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina*, Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003, Revista Herramientas, Buenos Aires.
- Bogani, E. (2004): "De marginales y desocupados: apuntes para una nueva discusión sobre las poblaciones "exedentarias" a partir de los conceptos de masa marginal y empleabilidad". Ponencia presentada en el *II Congreso Nacional de Sociología - VI Jornadas de Sociología de la UBA - Pre ALAS 2005*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 20-23 octubre.
- Boudon, R. (1984): *La place du désordre*. PUF, París.
- Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós, Buenos Aires.
- Coraggio, J. L. (1994): *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*. Instituto Fronesis, Quito.
- (1998): "Las redes del Trueque como Institución de la Economía Popular". En *Economía Popular Urbana: Una Perspectiva para el Desarrollo Local*, octubre.
- Deleuze, Guilles y Guattari, F. (1985): *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Feldman y Murmis (2002) "Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes". En Beccaria, L.; Feldman, S. et al.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Univ. Gral. Sarmiento- BIBLOS, Buenos Aires.
- Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1998): *La nueva era de las desigualdades*, Ed. Manantial, Barcelona.
- Lenguita, P. (2002): "El poder del desempleo. Reflexiones crítica sobre la relevancia política del movimiento piquetero". En Battistini, O. (coord.): *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*, Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- Massetti, A. (2004): *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Editorial de las Ciencias, FLACSO, Buenos Aires.
- Melucci, A. (1996): *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge University press, Cambridge.
- Mignoni, E. (1993): *Las sociedades fragmentadas*. Colección Economía y Sociología del Trabajo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España.

- Monza, A. (2002): *Los dilemas de la política de empleo en la conyuntura argentina actual*. Fundación OSDE / CIEPP, Buenos Aires.
- Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y Pérez, P. (1999): "Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina". En *Serie Exclusión Social - Mercosur*, n° 109, Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile.
- Nun, J. (1969): "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal". En *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, n° 2, México.
- (1999): "Nueva visita a la teoría de la masa marginal". En *Revista Desarrollo Económico*, IDES, vol 39, n° 154, Buenos Aires.
- Nun, J.; Marín, J.C. y Murmis, M. (1968): *La marginalidad en América Latina: informe preliminar*. Documento de trabajo n° 35, CIS, Buenos Aires.
- Palomino, Héctor (2004): "Las experiencias actuales de autogestión en la Argentina". En *Revista Nueva Sociedad*, n° 184, Caracas.
- Rebón, J. (2004): *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*. Ediciones Picaso / La Rosa Blindada, Buenos Aires.
- Salvia, A. (2003): "Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002". *Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral*, año 4, n° 11-12, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Verano-Otoño.
- (2004): "Crisis del Empleo y Nueva Marginalidad en la Argentina". En *Argumentos, revista Electrónica de Crítica Social*, n° 4. Publicación del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires.
- Salvia, A. y Rubio, A. (coord.) (2002): Trabajo y desocupación. Programa "La Deuda Social Argentina" 1. Departamento de Investigación Institucional, Instituto de Integración del Saber, UCA, Bs. As.
- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001): "La protesta social en la Argentina democrática". En Giarraca, Norma (comp.): *La protesta social en la argentina*, Alianza, Buenos Aires.
- Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- Svampa, M. (2003): *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Introducción. Universidad de General Sarmiento-Biblos, Buenos Aires.
- Svampa, M. (2004): "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", en *Laboratorio*, año 4, n°15, primavera.
- Villareal, J. (1997): *La exclusión social*. Ed. Tesis-Norma, Buenos Aires.
- Wacquant, Loïc (2001): *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Ed. Manantial, Buenos Aires.